

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

KERRY-MOYAMEA (1).

(Continuacion.)

Dejemos aquí por un momento á nuestros jóvenes y veamos los resultados que necesariamente debia producir la expedicion que Garakoutié nos ha referido en su cancion de guerra. En cuanto se supo en Filadelfia los inauditos destrozos que la confederacion india hacia en una estensa línea de la frontera, se apoderó la desolacion de todos los ánimos, y las noticias de nuevas matanzas, que diariamente recibia el gobierno, no eran las mas á propósito para tranquilizar. Sin embargo, se supo que el Estrecho y el fuerte de Pitt, habian rechazado la furia de aquellos salvajes, que no se habian atrevido á atacar á Niágara, porque se hallaba defendida por una artilleria formidable. Formóse un pequeño ejército cuyo mando se confió al general Bouquet que partió al momento para reprimir la invasion, y llevar refuerzos al fuerte Pitt. Atravesó la alta cadena de los Alleghanis, y apenas habia salido del peligroso desfiladero de Turtle-Creek, y llegado á Bushyrum, cuando los salvajes le atacaron de frente y de flanco lanzando espantosos alaridos. Este obstinado y sangriento combate, duró desde la una hasta que se hizo de noche. Fueron necesarios todo el valor y sangre fria de las tropas, y la habilidad del general en engañar la infatigable vigilancia y eludir los lazos del enemigo, para resistir la terrible impetuosidad de sus ataques sucesivos: hasta entonces, nunca se habian presentado tan osados ni formidables. El general perdió mucha gente, mas por último, quedó por suya la victoria.

Queriendo aprovechar el terror que aquella memorable derrota habia difundido entre los indios, resolvió pasar el Ohio y penetrar hasta las cristas del Muskingum, desde donde podria atacar las poblaciones de los mingos, wyandots, delawares, y aun de los shawaneses y sciotos, aunque situados á ochenta millas mas lejos. Partió, pues, al frente de 1,500 infantes, y un escuadron de cazadores á caballo. Desde el origen de aquellas colonias, era la primera vez, que tan grande número de tropas regladas se atrevian á internarse en los bosques, á tan larga distancia de las provincias cultivadas. Al cabo de diez y seis dias de marcha, llegó al Tuskaraway, sin haber sido seriamente inquietado por el enemigo.

Profundamente asombrados al verse próximos á ser atacados en su mismos hogares, que hasta aquel dia habian creído inaccesibles á las tropas europeas, los altivos hijos de la naturaleza se decidieron por fin á pedir una suspension de hostilidades, y el general convino en ello. Pero advirtió bien pronto, que los gefes indios no trataban mas que de ganar tiempo para que el ejército acosado por el hambre tuviese que volverse, y destrozarle en la retirada. Rompió pues, la tregua, y ocho dias despues habia penetrado hasta el Muskingum, á setenta millas de su embocadura en el Ohio. Aquella marcha atrevida, contribuyó en gran manera á decidir por fin á las diversas naciones indias á escuchar mas favorablemente las condiciones que el general las habia impuesto en Tuskaraway. Una de ellas, era que debian entregar en su campo todos los prisioneros que habian hecho, no solo en su última invasion, sino tambien en los años anteriores.

En este estado se hallaban las cosas, cuando os he presentado á Garakoutié y Kerry-Moyamea, conversando á la puerta del wigwam de la joven: ya iban á separarse cuando vieron al venerable Custaloga, su padre, que se acercaba á ellos con suma gravedad, y les rogaba le escuchasen con atencion.

—Hijo é hija de los delawares, les dijo, abrid vuestros oídos, porque mis palabras, semejantes á las gotas de agua de una cascada, tienen cada una su peso. Y jamás ha salido de mis labios la mentira. Tú, Moyamea, vas bien pronto á abandonar tu wigwam y la aldea, para regresar al pais de Onas, cuya sombra y frescura han hecho desaparecer los blancos. Ellos no saben como nosotros vivir de la caza y de la pesca, acostarse sobre una piel de oso, y beber el agua del arroyuelo: si fuese así, no codiciarían tanto nuestras tierras, y seríamos vecinos y amigos. Cuando lejos de tu padre adoptivo, de tus hermanos y de tus amigos delawares, vivas entre los blancos, acuérdate de los consejos que la sabiduria de los años hace destilar á mis labios. Descuida de sus palabras: la que se fia en ellas, se

pierde como el agua de nuestros rios al llegar la primavera; como en los péfidos remolinos del Tuskaraway, se hunde la joven que las escucha... Nunca dicen lo que piensan, ni piensan lo que dicen: y ¿sabes por qué?... porque salen de su boca la astucia y la mentira, como el arce cuyo corazon está agujereado y podrido, no deja escapar mas que una sávia pútrida en vez de azúcar. (1) Bien pronto va á ser arrebatado el umbral de la puerta (2), esparcidas las cenizas de tu hogar, y apagada tu lumbre, ¡pobre niña!... pero el Ockimaw rojo ó blanco, no permitirá que nuestra memoria sea arrancada de tu corazon, y este pensamiento será nuestro consuelo.

Entonces se detuvo, mientras Moyamea enjugaba llorando una lágrima que se escapaba de los ojos del anciano. Despues de una corta pausa, continuó:

—Por lo que á ti respecta, Garakoutié, escucha; eres valiente y fuerte como una roca alleghany; tu vista es perspicaz como la del águila de color leonado, y tu oído

cuerdos, para que nada aparezca en lo exterior; sé prudente y tranquilo como el castor de las lagunas (1) y astuto como el zorro huronero (2), atrevido como la pantera hambrienta (3), ligero en la carrera como el ciervo perseguido, terrible con tus enemigos pero fiel á tus aliados blancos ó rojos, y entonces las hojas del árbol de la vida, darán largo tiempo sombra á los wigwams de nuestra aldea y de nuestra tribu. El fuego del gran consejo se enciende en el campo de los hijos de Onas, en las orillas del Muskingum, toma tu traje de guerra, y ven á fumar el oppoygan de paz (4) con los hombres barbudos.

El joven bajó la cabeza, y sin contestar á su padre se dirigió hacia su wigwam para disponerse á partir con veinte guerreros que debian acompañar al sagomora y á Moyamea. La joven estaba triste, porque combatian su corazon dos afectos: uno por sus primeros padres, á quienes iba á volver á ver despues de mu-



fino como el del wapiti de pezuña hendida (3) que oye los pasos del pekan (4) sobre la nieve, y el soplo de la rata almizclada en su cabaña (5) del mismo modo que tu carabina, tu juicio no yerra jamás el objeto. Te falta aun otra cosa; que las mas fuertes lianas ó enredaderas adhieran al fondo de tu corazon tu amor y tus re-

chos años de ausencia; y otro por su familia adoptiva que la querian hacer dejar.

Una hora despues, una canoa de corteza de abedul (5), conducida por una docena de indios, bajaba por

(1) Todo el mundo conoce las costumbres del castor, (*Castor fiber*, Lin.) así es que no repetiremos lo que mil veces se ha dicho, y siempre con exageracion. Los indios hacen un gran comercio con las pieles de estos animales. Andan algunas veces centenares de leguas, para tenderles lazos hasta en la estremidad norte de la América, á donde se ha retirado casi exclusivamente desde la colonización de la América Septentrional. En el día en los estados de Nueva-York, por ejemplo, un castor es tan raro como en Francia.

(2) *Vulpes cinerea-argentea*, Boit. *Canis cinerea-argenteus*, Schreb. Esta especie es feroz, y exhala muy mal olor; su piel es de color gris plateado.

(3) Véase la nota tercera de la página 193.

(4) El oppoygan es una especie particular de pipa, cuya cabeza construida con bastante arte, es siempre de mármol encarnado ó negro: el tubo, que tiene de largo algunas veces tres ó cuatro pies, es de una madera lijera. Cuando este tubo está cubierto con la manchada piel de una serpiente, y adornado con plumas de varios colores, el oppoygan se considera como simbolo de paz. El mensajero ó embajador que le lleva, goza de la mas perfecta seguridad aun en las aldeas enemigas de la suya; al verle se apiacan los odios y las quejas. Tambien le usan en las adopciones, en los matrimonios, y en todas las fiestas pacíficas.

Pero cuando las plumas de que está adornado son encarnadas, se convierte en señal de guerra y toma el nombre de gran oppoygan de sangre: los salvajes le fuman alternativamente, ejecutando una danza de combate y de victoria.

(5) El abedul de canoa (*betula papyracea*, Mich.) Este árbol se eleva hasta la altura de noventa á cien pies, y su tronco tiene el diámetro de cuatro á cinco pies. Es uno de los árboles

(1) Véanse los números 73 y 77.

la rápida corriente del Tuskaraway, mientras otros diez guerreros seguían el mismo camino por la orilla, de la que se apartaban de cuando en cuando para cazar. Un europeo se había maravillado de la intrepidez de los que tripulaban tan frágil embarcación, y sobre todo de la destreza con que seguían las corrientes que casi formaban cascadas, y evitaban los muchos penascos contra los que las espumosas olas iban á estrellarse bramando. Bien pronto entró la canoa en las aguas mas tranquilas del Muskingum, y subió por el río treinta y cinco millas. Una cosa no menos notable, es que en medio de aquellos feroces salvajes, que no soñaban mas que en el asesinato y destruccion de los blancos, aun sospechados de antropófagos por los colonos, viajaba una joven blanca, con mas seguridad que en una diligencia que saliese de Londres ó de París. Por la noche acampaba con ellos sobre el musgo de los bosques, y por el día, sus delicadas manos asaban en la ribera la carne de los animales muertos en la caza, ó las truchas cogidas con anzuelo en el río.

Veamos lo que durante este tiempo pasaba en el campamento de los europeos. El general Bouquet había hecho construir cuatro grandes reductos, cuyo espacio intermedio presentaba una gran plaza, perfectamente limpia de los árboles y matorrales que antes crecían en ella. Se hizo tambien un almacén para las provisiones, y muchas casernas y barracas para alojamiento de los oficiales y prisioneros que debían entregar los salvajes. Bien pronto aquel campo llegó á ser una pequeña población, en la que reinaban el orden y la mas completa policia. Durante mas de quince dias que duraron aquellas singulares conferencias, el general vió con frecuencia á los gefes indios, oyó sus discursos, recibió y envió mensajeros á las tribus vecinas con respecto á las condiciones del tratado, y particularmente á la exacta entrega de los prisioneros de guerra, objeto principal de sus afanes. Los mingos presentaron noventa y cuatro: doscientos los cacawagas: ciento cuatro los shawaneses, y ochenta y siete las diferentes poblaciones de los delawarees. Entre ellos había muchas mugeres y niños.

En medio del campamento, el general había hecho construir una inmensa tienda con toscas tablas, en donde debía encenderse el fuego del consejo. Allí acudieron una multitud de gefes y guerreros, entre los que se distinguían Kiaskuta, gefe de los sennecas, acompañado de diez y seis guerreros: Custaloga, el gran Castor, sagamora de los delawarees, con veinte guerreros: Keysinecto, uno de los principales sachens de los shawaneses con treinta guerreros: Piancachas, gefe de los mingos, con treinta guerreros; y algunos otros gefes de tribus menos importantes: los tuscaroras y los wyandots, no parecieron hasta pasados algunos dias.

Ahora vamos á hacer que el lector asista á una de las últimas sesiones de este extraordinario congreso. En medio de la sala del consejo había encendida una gran- de lumbre.

El general Bouquet, sentado en un sillón improvisado con un pedazo de tronco de sicomoro (1); tenía detras todo su estado mayor vestido con trage tan brillante como las circunstancias lo permitían. En derredor del fuego estaban acurrucados, segun su costumbre, los gefes y guerreros indios. Todos con la cabeza inclinada hacia adelante y los ojos fijos en la tierra, aspiraban el humo de sus oppoygans, y despues de largo rato le exhalaban lentamente, por las ventanas de sus narices, en dos columnas no interrumpidas, indicio, segun ellos, de una profunda meditacion sobre asuntos importantes. Ninguno estaba pintado (2), ni tenía la cabeza ni orejas adornadas con plumas: sus mantos de castor, caidos por la espalda, dejaban ver su ancho pecho y robustos brazos, con diferentes figuras de animales, insectos ó pescados, pintados en ellos desde su juventud. Aquella reunion de hombres medio desnudos, tan feroces en la guerra, tan implacables en sus venganzas, tan apacibles y tranquilos en sus poblaciones, ofrecía á la vista un espectáculo singular, pero imponente.

No transcribiré aqui todos los discursos que se pronunciaron y que hicieron durar el congreso quince dias; pero no puedo pasar en silencio el de Garakoutié. Este gefe joven, se descubrió los hombros, se levantó y dijo:

—Padre de los guerreros barbudos, gefe de los hombres del cuchillo largo (3), escucha: mi voz corre á tus oidos. ¿Querás oirnos á nosotros que somos tus jóvenes hermanos?

Veo en tus ojos señales de disgusto, y los enjugo con este collar de wampum azul y blanco, para que puedas ver mas distintamente, lo que hemos sido y lo que todavia somos. Te han contado muchas mentiras acerca de nosotros: con este collar limpiamos tus orejas para que puedas oir mejor lo que es cierto y desechar lo falso. Purificamos tu corazón con este oppoygan, para

mas hermosos y magestuosos que se encuentran en los bosques, y cuanto mas se avanza hacia el Norte mayor es su altura. Con su corteza forran los salvajes sus canoas: tienen la habilidad de quitar la capa exterior sin herir el árbol, que al cabo de algunos años vuelve á cubrirse de nuevo. Hay pedazos de corteza de cuatro pies de ancho y diez de largo.

(1) Llámanse así en América al arce rojo, (*acer rubrum*, Lin.) árbol grande y hermoso, cuyas hojas forman una copa elegante.

(2) Los salvajes del Erié y del Ohio, se pintan la cara con bermellón, con creta blanca, y algunas veces con azul cuando pueden proporcionárselo. En sus guerras, los combatientes se pintan del modo mas estravagante, con objeto de asustar á sus enemigos; pero su adorno ordinario consiste en dibujarse en las mejillas y la frente, conchas, estrellas, flores y animales.

(3) Los salvajes llamaban *hombres del cuchillo largo* á los soldados de caballería del ejército por lo largo de sus sables: los indios eran *hombres del cuchillo corto*, por las bayonetas.

que se asemeje al de Onas (Guillermo Penn) á quien no se acercaba el mal. Has llegado hasta aqui, porque tu tomahawh ha sido mas largo y mas fuerte que el nuestro; sin embargo, no hemos economizado ni nuestra vida ni nuestra sangre: todavia te acuerdas muy bien. Pero tal vez la victoria proviene del grande espíritu, que hace largo tiempo favorece á los blancos. Nosotros, tus jóvenes hermanos, tan buenos guerreros y tan bravos como los tuyos, arrancamos el tomahawh de tus manos para arrojarle hacia el que habita encima de las nubes, para que disponga de él segun su voluntad, ya le entierre profundamente, ó le deje caer en los lagos sin fondo.

Garakoutié presentó al general el ramo de wampum que tenía en la mano, y luego añadió:

—Toma una punta de este ramo de paz y de amistad, y que la otra la agarren los diputados de las tribus aqui presentes. Tú, gefe de los valientes entre los barbudos, ¿querrias quemar los wigwams, destruir las provisiones de nuestras mugeres, de nuestros ancianos y de nuestros hijos que jamás te han hecho mal? Pues bien; ellos son los que te hablan por mi boca. En cuanto á nosotros los guerreros podemos pasarnos sin tu compasion, pues que sabemos vivir de la caza. ¡Pero la ancianidad, la debilidad y la infancia!... Aqui, como entre los tuyos, necesitan reposo y temen la escasez. Compádecete, pues, de ellas, puesto que has podido llegar tan cerca de nuestras aldeas: que concluya la guerra y comience la paz desde este momento. ¡Es necesario enterar el tomahawh!... He dicho (4)

(Se concluirá.)

REVISTA MUSICAL.

TEATRO REAL: *Linda di Chamounix*: señora Frezzolini: señor Ronconi.—Música sagrada: *Stabat Mater* de Saldoni: señoras de Cabrero: señor Moya.—*Stabat Mater* de Andrei: señora de Arnau: señor Iruela.—Academia de canto, óperas y composiciones del maestro don Antonio Rovira.—Reapertura del Teatro Real.—*El Violin del diablo*: señora Cerrito: señor Saint-Leon.—Idem del Circo: *Tres zarzuelas*: Nueva ópera-cómica del señor Inzenga, hijo.—Señor don Buenaventura Belart, joven tenor de gran porvenir.—Tipografía musical.—*Adelantos del violinista Jesus Monasterio* en el Conservatorio de Bruselas: primera corona que le fué dedicada por el Liceo de Valladolid en 1843.—Concierto en casa de la señora de Page.

Lo hemos dicho en otra ocasion. La índole de LA SEMANA y su periodo de publicacion nos impiden dar á nuestras *Revistas musicales* todo el interés de actualidad que deseáramos; pero en cambio procuraremos que tengan una grande variedad, abrazando en ellas cuanto de notable oigamos, así en los teatros liricos como en los círculos particulares en que se cultive la música.

Nos toca empezar hoy por la *Linda di Chamounix* ejecutada en el teatro Real á beneficio de la señora Frezzolini.

Aplaudimos desde luego la eleccion de esta ópera en que tan de relieve aparecen las grandes facultades de la *prima donna*, y las inmensurables del eminente Ronconi.

La primera interpreta su papel con raro acierto: como cantante se eleva á una grande altura, especialmente en el duo del segundo acto con Ronconi, y en la escena final de la ópera. Sentimos, si, tener que darla el consejo de que no recargue tanto de *floriture* algunas piezas, tales como su aria de salida y el duo del segundo acto con la señora Rúsmini di Solera. Este defecto que ya notamos otro dia, neutraliza hasta cierto punto el efecto que en los pasajes de sentimiento produce esta artista, porque en los de agilidad no siempre hay aquella seguridad y redondez en los sonidos que tanto admirábamos en la señora Alboni.

Como actriz está sublime la señora Frezzolini en el duo citado con Ronconi, é inimitable en la grande escena del acto tercero, cuando al recuerdo de las sentidas frases del *allegro* del duo con su amante, recobra la razon. Se obra tal metamorfosis en su fisonomia desde que oye el primer acento de aquella música, su respiracion anhelosa va determinando con tal propiedad las diversas emociones que en aquel momento supremo siente su alma, y es tan desgarrador el grito que de lo mas íntimo de sus entrañas sale al caer desmayada, que por nuestra parte renunciamos á describir lo que por nosotros pasa en aquel instante: cuanto dijéramos sería pálido.

Una multitud de coronas y ramilletes que cual menuda lluvia cayeron á los pies de la señora Frezzolini la noche de su beneficio, y los prolongadissimos apausos que de todos los ángulos del teatro se destacan cuantas noches ejecuta esta difícilísima transicion, son la prueba mas concluyente del efecto que produce en el ánimo de los espectadores.

Ronconi está admirable en su papel: gran cantante, ejecuta todas sus piezas como él solo es capaz de eje-

(1) Este discurso y el de Kiaskuta, han sido traducidos literalmente para que el lector pueda formar una idea exacta de la elocuencia de los indios.

cutarlas. Eminente actor, conmueve hasta con el menor de sus movimientos.

La escena final del primer acto en que su hija *Linda* se despidió de él, nos presenta á un padre entrañable para quien una separacion equivale á destrozarle el alma.

Cuando pasado algun tiempo este mismo padre creyó hallar á su hija arrojada en la senda de la perdicion y del crimen, cuando la reconoce en medio de la fastuosa opulencia que él cree el precio de su honra, entonces su acento es aterrador. Los sollozos entrecortados que sus labios exhalan, la terrible maldicion que lanza sobre una hija á quien juzga criminal, dan á esta escena un colorido tan dramático, tan imponente, que mas de una lágrima se escapa y surca las mejillas de quien en aquellos momentos contempla al coloso del teatro lirico-italiano.

Hasta su trage, como ha observado muy acertadamente el critico musical de *La Ilustracion* corresponde á la verdad escénica. La forma y la tela son las mismas del que vestía en su aldea; pero el tiempo y la miseria se ven pintados en él; y su color, un tanto caído revela las privaciones de su dueño y las fatigas de un largo viaje. *¡Esto es conciencia artistica!* esclama el critico á quien aludimos; y *¡esto es propiedad escénica!* añadiremos nosotros.

Cerradas las puertas del teatro de Oriente con esta ópera durante los dias en que nuestra santa religion celebra sus mas grandes misterios, en muchos de los templos de la corte se han ejecutado composiciones sagradas. Entre otras citaremos el *Stabat Mater* del señor Saldoni cantado en la noche del Martes Santo en la iglesia de las niñas de Loreto por la señora doña Paulina Cabrero de Ahumada, su hermana doña Julia y el señor Moya.

Esta composicion que fué ejecutada con acompañamiento de órgano expresivo y piano, está ya juzgada y es demasiado conocida para que digamos nada acerca de su indisputable mérito artistico.

Su desempeño fué perfecto así en el conjunto como en los detalles; y la señora de Ahumada, que en el concierto de que hablamos en la anterior *Revista* interpretó con tanta felicidad la romanza que allí nos hizo oír, acabó de confirmarnos en la idea que de su brillante reputacion teníamos, con el modo con que cantó los diferentes solos del *Stabat*. Quien, como esta señora, sabe dar tal expresion á la música sagrada y á la profana, caracterizando con tal perfeccion cada uno de estos dos opuestos géneros, no cabe ya dentro del círculo de las aficionadas. El suyo es de los artistas en toda la estension de esta palabra; porque Paulina reúne á su magnifico metado de canto, la circunstancia de haber escrito diferentes composiciones, entre ellas, algunas sagradas.

Diganlo sino las que hechas *ad hoc*, sino estamos equivocados, se ejecutaron hará unos dos años en las Comendadoras de Santiago de Valladolid, y otras en algunos templos de la corte.

Estas sencillas frases que la admiracion ha arrancado á nuestra pluma, sean el mas sincero testimonio de la que nos causa esta señora, cuyo nombre, no solo está consignado en la memoria de los *dilettanti* madrileños, sino tambien en la de los extranjeros.

Su hermana doña Julia cantó con notable maestría su parte, y el señor Moya contribuyó con el feliz desempeño de la suya al brillante éxito del *Stabat* del señor Saldoni, que si intrinsecamente no fuera una obra escrita con una conciencia verdaderamente artistica, habria bastado su ejecucion en Loreto para colocarla entre las de nuestros mas célebres maestros compositores de música religiosa.

La escogida y numerosa concurrencia que llenaba todos los ámbitos del templo salió complacida; y el que escribe estas líneas solo vió turbado su contento por la idea de no poder consignar todas sus impresiones en el momento de haberlas sentido.

El Sábado Santo por la noche se cantó en casa del conocido maestro compositor, señor don Antonio Rovira, el *Stabat Mater* de Andrei, por las señoras de Arnau de García Piña, de Leira, de Baeza y de San Juan y los señores Oliveres, Iruela, Pallejá y otros, cuyos nombres sentimos no recordar.

La ejecucion fué perfecta por parte de todos, distinguiéndose muy particularmente la señora de Arnau y la señorita de San Juan, en quien, aun cuando reconocimos una buena escuela de canto, nos pareció que su voz es un tanto velada, ignorando nosotros si esto era efecto de que aquella noche estaba bastante ronca; así que no pudo dar á su *solo* toda la brillantez que en otro caso creemos le habria dado.

El señor Rovira, que tiene establecida en su casa (1) una academia de canto, á la cual concurren un gran número de jóvenes de ambos sexos de los que forman parte de la buena sociedad madrileña, ha escrito varias óperas, algunas de las cuales se han ejecutado ya en Barcelona, habiendo alcanzado buen éxito.

En 1839 compuso *Sermondo il Generoso*, en dos actos, que fué cantada el mismo año en dicha ciudad.

En 1847 escribió expresamente para la inauguracion de la sociedad filarmónica de la misma, una *Cantata* en dos partes, que fué cantada en el año y sociedad espedados.

En 1830 escribió la ópera en cuatro actos *L'assedio di Tarriffa*, que fué presentada á S. M. y admitida para cantarse en el teatro real de palacio; y en la actualidad está concluyendo el *Idomeneo*, ópera en cuatro actos.

(1) Calle de las Pozas, número 2, cuarto segundo.

Esta sencilla narracion prueba la profundidad de los conocimientos musicales del joven señor Rovira y la riqueza de su inspiracion.

Volviendo ahora al *soirée* celebrado en su casa con objeto del *Stabat* enunciado, diremos que á su terminacion la señora doña Maria Arnau de García Piña, accediendo á los ruegos de la concurrencia, cantó con extraordinaria perfeccion el aria de salida de *Beatrice*; y tuvimos el gusto de observar que introduce en ella la mayor parte de las bellísimas *apuntaciones* con que la ha enriquecido la *prima donna* del teatro Real signora Erminia Frezzolini, venciendo todas estas dificultades con rara precision y acierto.

El señor Iruela, discípulo del joven compositor, lució su magnífica voz de bajo cantante en la romanza de Donizetti *Morta*, cuyas difíciles transiciones del canto de fuerza al *spianato* ejecutó con notable aplomo y seguridad.

En el intermedio del *Stabat*, que se dividió en dos partes, se sirvieron con profusion dulces y helados.

De este modo agradable concluyó para nosotros la cuaresma de 1834, cuya última semana produjo el interregno teatral de que hablamos al principio de esta Revista.

El teatro Real ha abierto de nuevo sus puertas con *El violin del diablo*, baile en que tanto luce la señora Cerrito y su pareja Saint-Leon, cuyo modo de tocar el violin es admirable, sintiendo nosotros no disponer de mas espacio para juzgarle detenidamente.

El teatro del Circo ha resucitado, y no al tercero dia, con tres zarzuelas. Entre las diferentes óperas cómicas nuevas que se anuncian, merece especial mencion de nuestra parte *El campamento*, en un acto, música del joven compositor señor Inzenga, hijo.

Hemos tenido el gusto de oír en algunos círculos particulares al señor don Buenaventura Belart, joven tenor, que á una prodigiosa estension de voz reúne un gran sentimiento y espresion para el canto.

Cursante en jurisprudencia, no ha atendido á otra cosa que á sus estudios literarios, no habiendo empezado á cultivar con un buen método la magnífica voz con que prodigamente le ha dotado la naturaleza, hasta hace un año próximamente en que se puso en Barcelona bajo la direccion del antes director de orquesta del teatro Real, señor don Miguel Angel Rachelle, cuyos profundos conocimientos en el canto, han hecho germinar y desarrollarse de un modo sorprendente las grandes cualidades músicas del señor Belart. Este modesto joven, á quien con estudio y constancia, auguramos un gran porvenir artistico, si es que se dedica á la carrera del teatro, y que en otro caso hará la delicia de los salones en que ostente sus grandes facultades, aconsejándole nosotros de todos modos, y á fuer de admiradores y buenos amigos suyos, que no abandone los grandes ejercicios de vocalización, sino que por el contrario se entregue á ellos con incausable afán, con perseverante fe, tiene una voz de extraordinario cuerpo, de perfecta igualdad en toda la estension de su cuerda, y de un timbre sonoro, metálico y dulce.

La *mezza voce* es agradabilísima, y en el falsete, cuya transicion ejecuta con notable facilidad, dá el *mi bemol* con igual fuerza respectivamente á la con que emite el *do* natural de pecho. Le hemos oído en géneros tan distintos como son el aria de salida de *Hernani*, la final de *Lucia*, la romanza de *La Favorita*, y el aria de *La Prova d'un ópera seria*; de sentimiento las tres primeras; de fuerza y de *bravura* esta última; y le hemos oído estas cuatro piezas diferentes veces, y entre ellas, una en el espacio de dos horas escasas, lo cual ha acabado de convencernos de las inmensas facultades que posee, y que con estudio, lo repetimos, harán de él una eminente notabilidad lírica.

Algunas veces se ha ocupado la prensa periódica de un descubrimiento que está llamado á causar en la propagacion de las composiciones musicales una gran revolucion. Aludimos á la tipografía musical, establecida en Madrid por el señor Vallejo. Hemos tenido el gusto de ver, entre otras, una magnífica fantasia que sobre motivos del *Machbet* ha escrito y dedicado á S. M. la reina madre el joven y conocido pianista señor don Manuel de la Mata.

La extraordinaria baratura de este método y la claridad y belleza de sus tipos son circunstancias que hacen sumamente recomendable su empleo y no dudamos que será preferido, tiempo andando, al conocido hasta hoy del grabado.

El mismo señor Mata, que se halla encargado de la direccion facultativa de este establecimiento, nos ha asegurado que muy en breve se abrirá un gran almacén en un punto céntrico de la corte en el cual se encontrará un surtido completo de cuantas obras musicales se hayan escrito, así de enseñanza, como de recreo.

Una grata nueva tenemos que comunicar á aquellos de nuestros lectores que se interesan de corazón por las glorias musicales españolas y por los adelantos de nuestros compatriotas en el extranjero. Queremos hablar del aun niño Jesus Monasterio cuyos precoces talentos en el violin ha admirado no solo toda España, incluso Madrid, sino una gran parte de Europa.

Estamos reuniendo datos para escribir su biografía pero mientras esto sucede, anticiparemos algunos pormenores que creemos serán leídos con gusto.

En 1847 empezó su educacion musical, hasta entonces descuidada, bajo la direccion de don José Vega, violin de la capilla real.

En 1849, se encargó de ella don Juan Ortega, violin tambien de la Capilla, hasta julio de 1850.

En octubre, y atendiendo á sus grandes adelantos, se decidió su familia á hacerle pasar al extranjero, y con efecto, en este mes salió para Bruselas en compañía del señor don Basilio Montoya, que puede decirse ha sido su segundo padre desde que el niño Monasterio perdió al suyo propio.

Presentado nuestro pequeño compatriota á Mr. Feltis, director del Conservatorio de aquella capital, dispuso fuese examinado por Mr. Beriot, profesor de la clase de perfeccion de violin en el mismo establecimiento.

Este exámen tuvo lugar en efecto, y debemos consignar aquí, para orgullo de nuestra nacion, y mas especialmente de los señores Vega y Ortega, sus maestros en Madrid, que Mr. Beriot admitió desde luego en su clase á Jesus Monasterio, declarando que la escuela que hasta allí habia tenido era buena, y que por lo mismo serian muy pocos los defectos que habria de corregirle.

Desde entonces continua bajo la direccion de Beriot, siendo uno de sus mas preferidos discípulos; hasta el punto de que á los cuatro meses de enseñanza, haya tomado parte en algunos conciertos públicos que ha dado el Conservatorio de la capital de Bélgica, habiendo ejecutado en alguno de ellos, si no son inciertos nuestros informes, el sexto y sétimo concierto de Beriot al *unísono* con Mrs. Tenhaven, Schruers y Standish, los tres discípulos mas aventajados de este célebre violinista que hoy están llamando la atencion del mundo musical de París con los conciertos que estan dando en la sala Ventadour, en uno de los cuales han tocado el sexto y sétimo concierto referidos; disponiéndose á pasar desde allí á Londres á la gran esposicion de la industria, á cuyo punto tenemos entendido les acompañará el que está llamado á ser el segundo Escudero, el Paganini español, el niño Jesus Monasterio.

El que conozca las dificultades inmensas del violin, el que comprenda bien la grande precision y exactitud que son necesarias para que cuatro violines tocando al *unísono*, no discrepen el uno del otro; el que comprenda todo esto, repetimos, así como que esta uniformidad solo puede ser hija de una misma escuela, que haya enseñado á tirar el arco del mismo modo, á dar igual número de golpes, á colocarse en las mismas posiciones, etc., ese, y solo ese, sabrá apreciar la dificultad casi insuperable de dichas piezas, y los grandes talentos de Jesus Monasterio, en haberse puesto con su ejecucion casi á igual altura que los tres predilectos discípulos de Beriot, cuya pureza de estilo tanto se reconoce en sus muchas composiciones para violin, únicos datos que para juzgarlo tenemos, ya que no hemos tenido la felicidad de oírle.

El autor de esta *Revista musical*, tuvo la satisfaccion de ser el primero que acompañó á tocar en público á Jesus, cuando aun no tenia cinco años de edad; cuyo acto se verificó en el Liceo Artistico de Valladolid, en la noche del 4 de enero de 1843; y la primer corona que adornó sus sienes infantiles le fué dedicada por esta sociedad, juntamente con un soneto que improvisó allí mismo nuestro querido amigo y consocio señor don Alvaro Lezcano, secretario entonces de la misma, y hoy destinado en un puesto importante y distinguido de la judicatura.

Mas de una linda y rosada boca acarició despues de esta ovacion al niño que llevaba en su frente una aureola de gloria, mas permanente é impercedera, que las deleznables coronas que el mundo teje en su férvido entusiasmo.—Le rodeaba la del genio, impresa por la mano de Dios al concederle el portentoso talento que entonces aparecia tal como de aquella mano habia salido—grande como todas sus obras.

Y sin embargo de tan precoz disposicion, de tan rápidos adelantos, tenemos entendido, que el gobierno español ha retirado á Jesus Monasterio una pension mezquina que en un principio le habia señalado.

¡Qué de reflexiones se agolpan á la mente con la sola enunciaci6n de este hecho!

En la noche del 24, se improvisó un pequeño concierto en casa de la señora de Page, en el que tomaron parte la señorita doña Adela, hija de la casa, la señorita de Anglés, y los señores Belart y Fortui. Todas las piezas alcanzaron brillante éxito, y las cantadas por el señor Belart fueron acompañadas al piano por el señor don Norberto Valdemoro, con toda la perfeccion y seguridad que en este instrumento posee este distinguido aficionado, tan conocido en los buenos círculos filarmónicos de la corte.

Sabemos hay proyectado un gran concierto en casa de dicha señora, que, si no son inexactos nuestros informes, se verificará el lunes siguiente al en que vea la luz esta *Revista*. Lucida promete ser esta reunion, como cuantas tienen lugar en aquel centro de la elegancia y buen tono.

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Abril 25.

La variada funcion que en la noche del 22 dió la empresa del teatro del Instituto atrajo una concurrencia extraordinaria á la calle de las Urosas. Las tres piezas nuevas que se pusieron en escena gustaron mucho.

La primera, produccion del aventajado joven don Ildefonso Antonio Bermejo, tiene muy buena versificacion y ofrece bastante interés. Su argumento es muy sencillo, y está tomado de un episodio de la vida del emperador Carlos V.

La segunda es debida á la pluma del conocido escritor satirico don Antonio Maria Segovia. Los chistes

y situaciones cómicas de que abunda tuvieron en continua hilaridad á los espectadores.

El señor Arjona (don Joaquin) encargado del papel de protagonista en estas dos piezas y en la chistosa de *Por un loro!* arrancó muchos y merecidos aplausos. El público pidió al finalizar las piezas, la salida de los autores.

La Adela Guerrero fué muy aplaudida en el *Polo del contrabandista*, que bailó con mucha gracia y soltura.

LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo.

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA. (1)

(Continuacion.)

ACTO SEGUNDO.

CUADRO SESTO.

EL INTERIOR DEL ALMACEN DEL SEÑOR BONACIEUX.

Cuatro hombres vestidos de negro y un oficial: hablan con misterio y recorren toda la casa.

ESCENA I.

EL OFICIAL Y LOS CUATRO HOMBRES.

OFICIAL. «Verificado el registro de toda la casa, declaramos (*leyendo*) que no hemos encontrado otros papeles que los que van incluidos en el legajo C. En fe de lo cual firmamos.» (*Firma.*)

UNO DE LOS HOMBRES. ¿Es eso todo?

OFICIAL. Por lo que hace á los papeles, sí; pero ahora vamos á proceder al verdadero objeto de nuestra mision, que es que jarnos en casa del susodicho Bonacieux permitiendo la entrada á los que llamen á la puerta, y no dejando salir á nadie sin el correspondiente interrogatorio y confrontacion.

UNO. ¿Ni á las mugeres tampoco?

OFICIAL. ¡Oh! las mugeres de ningun modo; atendido á que el gran culpable en todo esto no es el marido sino la muger.

UNO. Me parece que han llamado á la puerta.

OFICIAL. Apagad esa luz y cada cual á su puesto. (*Oscuridad completa.*)

ESCENA II.

Los mismos.—MADAME BONACIEUX.—(*Despues de haber llamado por fuera abre poco á poco la puerta.*)

MAD. BONACIEUX. Calla, es particular, la puerta abierta y nadie en la casa.

OFICIAL. Chit.... (*Uno de los hombres pasa por detras de madame Bonacieux y vá á cerrar la puerta.*)

MAD. BONACIEUX. ¡Ah! creo haber oído... Bonacieux.... señor Bonacieux.... (*Se vuelve, el oficial se oculta en un ángulo.*) Habrá salido: encendamos luz, por fortuna hay fuego. (*Enciende una bugia en la chimenea y ve al oficial.*) ¿Quién sois? ¿Qué haceis aquí?

OFICIAL. ¡Silencio!

MAD. BONACIEUX. ¿Pero quién sois? ¡socorro! ¡socorro!

OFICIAL. Aquí, amigos míos, creo que hemos encontrado lo que buscábamos.

MAD. BONACIEUX. ¿Qué me queréis? soy la dueña de esta casa.

OFICIAL. Justamente la que buscamos.

MAD. BONACIEUX. ¡Ah! dejadme, señores, ¡socorro! ¡socorro!

(*En este instante se abre la trampa y baja Artagnan mostrando primero las piernas, despues el cuerpo y la cabeza.*)

ARTAGNAN. Sujeta bien.... ya estoy.

PLANCHET. Pero señor.... (*En el cuarto de arriba.*) que os vais á matar.

ARTAGNAN. Calla imbécil.

ESCENA III.

Los mismos.—ARTAGNAN.—(*Saltando en medio de la tienda.*)

OFICIAL. ¿Qué es esto? (*Sorprendido.*)

ARTAGNAN. Voy á deciroslo. (*Poniéndose delante.*) Esto es, un caballero que no permitirá que delante de él se maltrate á una muger; con que así disponeros á dejarla.

OFICIAL. Caballero, en nombre del rey.

ARTAGNAN. Os digo que dejéis á esa muger.

OFICIAL. Llevadla, (*á su gente.*) llevadla pronto. (*Echa mano á la espada.*)

ARTAGNAN. ¡Ah! tenemos espadas, tanto mejor; yo manejo mejor la espada que el garrote, alerta, señores

(1) Véanse los números 74, 75, 76, y 77.

cuervos, cuidado con vuestras plumas.... (Combate tu-
multuoso: los cinco hombres acaban por tocar re-



Escena III. — Mad. Bonacieux, Artagnan y guardias del cardenal.

tirada, los unos por la puerta, los otros por las ven-
tanas. Artagnan cierra por dentro la puerta y vuelve.
Vamos, vamos señora, tranquilizaos... ¡Dios mío! está
desmayada.... Esto no será nada.... ya se han ido, se-
ñora.... el diablo me lleve si no es encantadora.

MAD. BONACIEUX. ¡Ah!

ARTAGNAN. Esto la ha hecho volver en sí. (Aparte.)

MAD. BONACIEUX. ¡Ah! señor, ¿sois vos el que me
ha salvado? permitidme que os de las gracias.

ARTAGNAN. Señora, yo no he hecho sino lo que otro
caballero cualquiera hubiera hecho en mi lugar.

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! perdonad, procuraré mani-
festaros que no soy ingrata.... Pero decidme ¿qué me
querían esos hombres? ¿Por qué no veo aquí al señor
Bonacieux?

ARTAGNAN. Esos hombres son agentes del cardenal.
En cuanto al señor Bonacieux.... está en la Bastilla.

MAD. BONACIEUX. ¡Mi marido en la Bastilla! ¡Oh!
¡Dios mío! ¡pobre hombre, la inocencia en persona!
¿qué ha hecho pues?

ARTAGNAN. Su mayor crimen consiste, según creo
señora, en tener a la vez la dicha y la desgracia de ser
vuestro esposo.

MAD. BONACIEUX. Pero señor, según eso sabéis....
ARTAGNAN. Sé que habéis sido robada, señora, que
estabais prisionera.... y extraño mucho veros aquí.

MAD. BONACIEUX. He aprovechado un instante que
me han dejado sola, y me he descolgado por una ventana,
con ayuda de mis vestidos.

ARTAGNAN. ¿Así esponéis vuestra vida?

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! si tuviera ciento, las hubiera
espuesto del mismo modo: era preciso que yo viera a
mi marido esta noche.

ARTAGNAN. ¿Para colocarlos bajo su protección?

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! ¡pobre hombre! bien habéis
debido conocer que es incapaz de defenderme, pero me
servía para otra cosa.

ARTAGNAN. ¿Para qué?

MAD. BONACIEUX. Ese es mi secreto, no puedo de-
cirlo.

ARTAGNAN. Mas lo que debía hacer vuestro ma-
rido....

MAD. BONACIEUX. Lo haré yo. (Disponiéndose a salir.)
ARTAGNAN. Y vais a salir sola por las calles, en
medio de los ladrones?

MAD. BONACIEUX. No llevo un dinero en el bol-
sillo.



Escena III. — Artagnan y Mad. Bonacieux.

ARTAGNAN. ¿Según eso me dejais?

MAD. BONACIEUX. Es preciso.

ARTAGNAN. Sin embargo, no pue-
do, no debo dejaros.

MAD. BONACIEUX. Caballero, en nom-
bre del cielo, en nombre del honor
militar, os suplico que me dejéis mar-
char sola. ¿Oís? (Suenan las diez.) Es-
tán dando las diez, y es la hora en que
me esperan, ó mas bien, llevo ya media
hora de retraso.

ARTAGNAN. Señora no sé resistir á
quien suplica de esa suerte: id con Dios,
yo me retiro.

MAD. BONACIEUX. No, dejadme salir
primero: vos saldéis despues.... ade-
mas quiero que me empuéis vuestra
palabra de que no habéis de seguirme.

ARTAGNAN. Palabra de honor, se-
ñora.

MAD. BONACIEUX. Ya sabía yo que
teníais un noble corazón. (Le tiende la
mano, Artagnan la besa.)

ARTAGNAN. ¿Cuándo volveré á ve-
ros?

MAD. BONACIEUX. ¿Teneis deseos
de volver á verme?

ARTAGNAN. ¡Ah! sí, por vida mia.

MAD. BONACIEUX. Bien, eso corre de
mi cuenta.

ARTAGNAN. Cuento con vuestra pa-
labra.

MAD. BONACIEUX. Contad con ella.
(Sale.)

ESCENA IV.

ARTAGNAN.

ARTAGNAN. Pues señor.... aseguro for-
malmente que el que haya de ver claro en
todo lo que me está sucediendo, necesita
tener buenos ojos: Aramis y Mad. de Bois-
tracay, la reina y el duque de Buckingham,
el cardenal y la Bonacieux, ¿cómo diablos
se encuentran todas esas gentes reunidas?
¡Pero la Bonacieux es encantadora.... tiene
aire de princesa, y luego.... un corazón,
un valor.... un talento! ¡Vamos, cuando
pienso que es la muger de ese horroroso
tendero!

PLANCHET. Señor, señor, (Por la tram-
pa.) ¿estais ahí todavía?

ARTAGNAN. ¿Qué ocurre?

PLANCHET. Han llamado á la puerta.

ARTAGNAN. ¿Quién es?

PLANCHET. Creo que es la guardia.

ARTAGNAN. ¡Bah!

PLANCHET. Han llamado con las cula-
tas de los mosquetes; ¿abro?

ARTAGNAN. Sin duda, pues que no es-
toy.

PLANCHET. Bien, no os movais. (Cierra
la trampa.)

ARTAGNAN. Espera, échame el sombre-
ro y la capa. ¡Peste! (Planchet obedece.)
no ganamos para sustos: me parece que
para mas precaucion, deberia cerrar la
puerta. (Se aproxima á la puerta del fon-
do despues de apagar la luz: al acercarse
entra Milady exactamente vestida como
la Bonacieux.) ¡Oh! ¡oh! ¡qué es lo que
veo!

ESCENA V.

ARTAGNAN.—MILADY.—ROCHEFORT.

MILADY. ¡Será aquí!.... ¿Me habré en-
gañado? sin embargo, allí veo la tienda.... Si, si, estoy
en casa del señor de Bonacieux.... he visto el rótulo....
sobre la puerta. (Marchando hacia la ventana.)
Conde.... conde.... (Repara en Rochefort.)

ROCHEFORT. ¿Qué quereis?

MILADY. Pensé que la casa estaria ocu-
pada por nuestra gente y no veo á nadie: (Ar-
tagnan se oculta detrás de un tonel.) Me
engañaba (Volviendo de la ventana.) allí hay
un hombre.

ARTAGNAN. ¿Tan pronto de vuelta? (Acer-
cándose.)

MILADY. De vuelta, ¿y de dónde?

ARTAGNAN. Esta no es su voz.

MILADY. ¿Quién sois?

ARTAGNAN. Os hago la misma pregunta; so-
lamente que si os negais á responder.... (Vá á
la chimenea y enciende la bugia.)

ROCHEFORT. ¿Teneis necesidad de mi?
(Desde la ventana.)

MILADY. No lo sé; estad dispuesto por si
acaso.... ¡Mi Gascon! (A Rochefort.) Ya podeis
estar tranquilo.

ARTAGNAN. ¡Milady!

MILADY. ¡Oh! ¡no me habian engañado!

ARTAGNAN. ¿Qué no os habian engañado?
¿pues qué os han dicho señora?

MILADY. Se me habia dicho que un cierto
caballero llamado Artagnan, que hace la corte á
Milady de Winter, estaba enamorado al mis-

mo tiempo de una tendera, llamada la Bonacieux.
ARTAGNAN. ¿Yo enamorado, señora? esta noche la
he visto por primera vez.

MILADY. ¿La habéis visto esta noche?

ARTAGNAN. ¡Ah! vive Dios, ¿qué estoy diciendo?

(Aparte.)

MILADY. Creia que estaba en lugar seguro.

ARTAGNAN. Sabe su arresto. (Aparte.) Es decir...
no señora, voy á ser franco.... la conocia hace algun
tiempo por ser de mi pais, y como hace tres dias que
no parece por casa, bajaba esta noche á pedir noticias
al pobre Bonacieux, cuando me he encontrado con
toda la casa abandonada.

MILADY. ¿Abandonada decis?

ARTAGNAN. Ya lo veis.

MILADY. Está bien, caballero, ya sé todo lo que
queria saber.

ARTAGNAN. ¿Qué es lo que queriais saber?

MILADY. La importancia que puede darse, á los
juramentos de amor del caballero Artagnan.

ARTAGNAN. ¡Señora, en nombre del cielo!

MILADY. Espero que me hareis el favor de creer;
que Milady de Winter, se respeta demasiado para en-
trar en competencia con madama Bonacieux: esperad
su vuelta caballero.... ¡Ah! se me olvidaba decir....
que es inútil que os presenteis en adelante, en el pala-
cio de la Plaza real.

ARTAGNAN. Señora, por favor, escuchadme. (Quiere
impedirla el paso.)

MILADY. Espero, señor hidalgo, que podré salir de
aquí del mismo modo que he entrado, esto es, con li-
bertad.

ROCHEFORT. Milady, Milady. (Abriendo la ven-
tana.)



Mad. Bonacieux

ARTAGNAN. El hombre de Meung. (Volviéndose.)
¡ah! esta vez no te me escaparás. (Salta por la ven-
tana y se oye su voz que se aleja diciendo.) ¡Cobarde!
¡miserable!

ROCHEFORT. ¿Os ha conocido? (Vuelve á aparecer
en la ventana.)

MILADY. Si; pero he dado una disculpa á mi presen-
cia. ¿Y á vos?

ROCHEFORT. ¡No habéis visto! ha saltado por en-
cima de mi cabeza, y es capaz de estar corriendo detrás
de su sombra hasta mañana.

MILADY. ¿Quiere decir que hemos dado un golpe
en vago? ¡Ah maldito gascon!

ROCHEFORT. Estad tranquila: todas las pagará de
una vez.... venid, venid.... (En el instante en que de-
jan la tienda se ven asomar las piernas de Planchet
por la trampa.)

ESCENA VI.

PLANCHET.—ARTAGNAN.

PLANCHET. ¡Señor de Artagnan! (acabando de ba-
jar.) ¡Señor de Artagnan! ¿dónde está? ¡Dios mío! si le
habrán cogido tambien.

ARTAGNAN. ¿No le has visto Planchet? (entrando.)

PLANCHET. ¿A quién, señor?

ARTAGNAN. ¡A él! á ese demonio encarnado, que se
me aparece por do quiera sin que pueda nunca atra-
parle.

PLANCHET. Escuchad, señor, la guardia ha venido...
 ARTAGNAN. ¿Pardiez! ¿y se ha dejado llevar?
 PLANCHET. Lo han tomado por vos.
 ARTAGNAN. ¿Y no se ha dado á conocer?
 PLANCHET. Todo al contrario: yo iba á hablar y pu-
 so un dedo en la boca: entonces com-
 prendi...
 ARTAGNAN. ¡Oh valiente Athos! en
 eso le reconozco. (Se abre la puerta del
 fondo.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—MAD. BONACIEUX.

MAD. BONACIEUX. Caballero, caballe-
 ro, ¿estais aqui todavia?
 ARTAGNAN. ¿Sois madama Bonacieux?
 MAD. BONACIEUX. Si.
 ARTAGNAN. ¡Dios mio! ¿que teneis?
 PLANCHET, Planchet.
 MAD. BONACIEUX. No, no os ocupeis
 de mi.
 ARTAGNAN. ¿Qué os ha pasado?
 MAD. BONACIEUX. He perdido media
 hora; una muger vestida exactamente
 como yo, con un pañuelo semejante á
 este, se ha presentado en la casa de la
 calle de Vaujard, y la han entregado la
 carta....

ARTAGNAN. ¿Una muger vestida co-
 mo vos? ¿ha salido de aqui?
 MAD. BONACIEUX. ¿La habeis visto?
 ¿la habeis hablado?
 ARTAGNAN. Si.
 MAD. BONACIEUX. Decidme, ¿quién
 es?

ARTAGNAN. Un demonio, á quien per-
 sigo hace tres semanas, y perseguiré
 toda mi vida si es preciso, se ha presen-
 tado en esa ventana: me he lanzado so-
 bre él, y entre tanto no se lo que ha
 sido de ella.... Esperad, es el mismo hom-
 bre que os robó.

MAD. BONACIEUX. ¡Dios mio!
 ARTAGNAN. Despues han venido á
 prenderme.

MAD. BONACIEUX. ¿Aqui?
 ARTAGNAN. No, allá arriba; han en-
 contrado á uno de mis amigos que se ha
 dejado llevar en mi puesto.

MAD. BONACIEUX. ¿De suerte que
 creen teneros á vos?

ARTAGNAN. Seguramente.

MAD. BONACIEUX. Caballero Artagnan, no hay un ins-
 tante que perder.

ARTAGNAN. Mandad.

MAD. BONACIEUX. Decid á Planchet que explore las
 avenidas.

ARTAGNAN. Ya lo ois, Planchet.

PLANCHET. Corro, señor.

MAD. BONACIEUX. Ahora vais á venir á acompa-
 ñarme.

ARTAGNAN. ¿A dónde?

MAD. BONACIEUX. A la casa donde se oculta.... ¡Dios
 mio! ¡Dios mio! permitid que lleguemos á tiempo.

PLANCHET. Que no se entra... (A la puerta del fon-
 do) cuando os digo que no se entra...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—UN EMBOZADO.

EMBOZADO. Eso no va conmigo: yo entro. (Rechaza
 á Planchet y pasa adelante.)

PLANCHET. Señor, señor, que me atropellan.

ARTAGNAN. He aqui uno que va á pagarla por to-
 dos. (Sacando la espada.) No os han dicho que no se
 entra caballero?

EMBOZADO. Y yo he respondido que entraria.

ARTAGNAN. ¿Quién sois?

EMBOZADO. Y á vos qué os importa.

ARTAGNAN. ¡Vive Dios! ahora vais á saberlo.

EMBOZADO. Es decir que no hay remedio. (Tira la
 capa.)

MAD. BONACIEUX. Basta, (reconociéndole) ¡milord!
 ¡milord! (se coloca entre sus espadas.)

ARTAGNAN. Seriais acaso.... (dando un paso atrás.)

MAD. BONACIEUX. Milord, duque de Buckingham.

Ahora vos podeis perdernos á ambos (á Artagnan.)

ARTAGNAN. Vos aqui, milord.... ¿cómo es esto?....

á madama Bonacieux.)

MAD. BONACIEUX. Yo no sé nada; solo milord es el
 que puede decirlo....

BUCKINGHAM. Es muy sencillo; me presenté en la ca-
 lle de Laharpe, donde me mostraron el pañuelo, dicién-
 dome que se me esperaba en casa de un especiero lla-
 mado Bonacieux, cerca del Luxemburgo; como el nom-
 bre me era conocido, no he dudado un instante, y vedme
 aqui.

ARTAGNAN. Eso es que contaban con que la casa es-
 tuviese ocupada todavia por la guardia, y han querido
 haceros caer en una emboscada, milord.... Perdonadme
 si me he visto precisado á sacar la espada contra vos,
 y decidme de qué manera puedo servir á vuestra
 gracia.

BUCKINGHAM. Sois un hombre valiente; me ofreceis

vuestros servicios y los acepto.... Marchad á unos vein-
 te pasos detrás de nosotros, hasta llegar al Louvre, y
 puesto que sabeis de qué intereses se trata, si alguno
 nos espia, matadle.

ARTAGNAN. Está bien, milord, pasad adelante, ya
 os sigo.



Ana de Austria.

BUCKINGHAM. Venid á madama Bonacieux.)
 ARTAGNAN. Planchet, preven á Porthos y á Aramis
 que no se duermen esta noche. (Planchet sale por la
 ventana.)

CUADRO SETIMO.

EL LOUVRE.

Cámara de la reina.

ESCENA I.

LA PORTE.—ANA DE AUSTRIA.

ANA. Y bien, La Porte, ¿qué sa-
 beis del duque?

LA PORTE. ¿Del duque?

ANA. ¿No teneis ninguna noti-
 cia?

LA PORTE. No podemos saber
 nada, sino por madama de Bonac-
 ieux, y desde que el cardenal la ha
 hecho robar, hemos vuelto á caer en
 una incertidumbre completa.

ANA. La Porte.

LA PORTE. Señora....

ANA. Me parece que oigo andar
 por el pasillo secreto, mirad quién
 pueda ser.

ESCENA II.

Los mismos.—MAD. BONACIEUX.

MAD. BONACIEUX. Silencio. (abrien-
 do la puerta del pasillo.)

ANA. ¡Ah! ¿eres tú, Constanza?

MAD. BONACIEUX. Si señora, soy
 yo.

ANA. ¿Te han dejado en libertad?

MAD. BONACIEUX. Me he fuga-
 do....

ANA. Y has venido....

MAD. BONACIEUX. Porque mi pre-
 sencia era necesaria.

ANA. ¿Le has visto?

MAD. BONACIEUX. Señora....

ANA. Responde.... ¿no le ha su-
 cedido ningun accidente?

MAD. BONACIEUX. Está aqui.

ANA. ¿Aqui? ¿quién?

MAD. BONACIEUX. El duque.

ANA. ¿El duque de Buckingham?

MAD. BONACIEUX. El mismo.

ANA. En el Louvre.... en el palacio del rey.... ¡cer-
 ca del cardenal!



Vista del Louvre.

MAD. BONACIEUX. Señora, ha dicho, que puesto que
 habia venido, no se volveria á Londres sin besaros la
 mano; que sabia que la carta no era de vos, que le ha-
 bian atraído á una emboscada.... pero que ahora agra-
 decia á sus enemigos el que le hubiesen colocado en
 esta posicion.

ANA. ¡Qué locura! vuelve á donde le has dejado, y
 ruégale, suplicale, ordénale en mi nombre.... (aparece
 el duque) dile que es preciso que parta... que no quie-
 ro verle, y que si es necesario se lo diré todo al rey.

ESCENA III.

Los mismos.—EL DUQUE.

BUCKINGHAM. ¡Oh! notendreis valor para eso, señora.

ANA. ¡El duque! La Porte, vigila por ese lado....
 Constanza, no salgas del pasillo. (Obedecen.) ¡Oh, se-
 ñor! ¿qué habeis hecho?

BUCKINGHAM. He venido (poniendo una rodilla en
 tierra) para arrodillarme delante de vos, para decirlo....
 Jorge Williers, duque de Buckingham, es siempre el mas
 humilde y el mas obediente de vuestros adoradores.

ANA. ¿Sabeis, duque, que no soy la que os ha escrito?

BUCKINGHAM. Si, se que he sido un loco en creer
 que la nieve se animaria, que el mármol podria ablan-
 darse.... Pero ¿qué quereis? cuando uno ama, cree
 fácilmente en el amor, y en fin.... nada he perdido en
 este viage, puesto que logro veros.

ANA. Olvidais, milord, que viéndome arriesgais
 vuestra vida, y esponeis á otro riesgo mi honor. ¡Me
 veis! pero para oirme decir que todo nos separa, la pro-
 fundidad de los mares, la enemistad de dos reinos, la
 santidad de los juramentos. ¡Oh! es un sacrilegio luchar



Escena III — Ana de Austria, Buckingham y Mad. Bonacieux.

contra tantos obstáculos... si, milord, me veis, pero para
 oirme decir que no volveremos á vernos....

BUCKINGHAM. Hablad, señora, hablad, reina, la dul-

zura de vuestra voz, oculta la dureza de vuestras palabras.... ¡Habla de sacrilegios!... ¡Oh! el sacrilegio consiste en la separación de dos corazones que Dios había formado para amarse.

ANA. Milord, yo no os he dicho que os amase.

BUCKINGHAM. Pero tampoco me habeis dicho que no me amáseis.

ANA. ¡Milord!

BUCKINGHAM. Esa sería una crueldad que vos no cometeréis.... porque, decidme reina ¿dónde encontraréis un amor semejante al mío?... un amor que ni el tiempo, ni la ausencia, ni la desesperación han podido extinguir.... un amor que se contenta con una ciuita, con una mirada perdida, con una palabra escapada.... Tres años hace que os vi por primera vez, señora....

ANA. ¡Duque!

BUCKINGHAM. ¿Queréis que os diga como ibais vestida la primera vez que os vi? ¿Queréis que os detalle cada adorno de vuestro traje? Todavía os estoy viendo con aquel hermoso vestido de satin bordado de oro, cuyas mangas perdidas se aseguraban á vuestros hombros por unos herretes de diamantes.... ¡Oh! si, esperad; cierro los ojos y os veo tal como estabais entonces; los abro, y puedo contemplaros tal como estais ahora, es decir, cien veces mas hechicera.

ANA. ¡Qué locura! alimentar una pasión inútil con tales recuerdos.

BUCKINGHAM. ¿Y de qué queréis que viva sino de recuerdos? Esta es la cuarta vez que os veo en tres años, señora.... nada mas que cuatro veces, la primera cuando acabo de deciros, la segunda en el palacio de madame de Chevreuse, la tercera en los jardines de Amiens.

ANA. No me habeis de esa noche, milord....

BUCKINGHAM. Es la noche dichosa y encantadora de mi vida. ¿Os acordáis qué bella noche hacia? El aire era suave y perfumado, el cielo estaba todo esmaltado de estrellas.... ¡Oh! entonces como ahora, estabais sola conmigo; pero entonces os hallabais dispuesta á decirme todo; vuestro aislamiento en el mundo, las penas de vuestro corazón.... la viudez de vuestra alma.... Estabais apoyada en mi brazo.... mirad, en este.... Yo sentía al inclinarme hacia vos mi cabeza, que vuestros cabellos rozaban mi rostro, y todo mi cuerpo se estremecía. ¡Oh! reina, reina! no podéis comprender la dicha que disfruto en este instante.... Si, mis bienes, mi fortuna, mi gloria.... lo que me resta que vivir en el mundo, todo lo daría por una noche semejante.... porque en esa noche.... ¡Oh! en esa noche, señora.... vos me amabais, os juro que vos me amabais.

ANA. Pero la calumnia se ha apoderado de esa noche, y el rey, escitado por el cardenal, ha dado un terrible escándalo. Madame Vernet ha sido despedida, Putange desterrado, madama de Chevreuse ha caído en desgracia, y cuando vos quisisteis presentaros como embajador en Francia, el mismo rey se opuso á vuestra venida.

BUCKINGHAM. Si, y la Francia va á pagar con una guerra la negativa de su rey.

ANA. ¿Cómo?

BUCKINGHAM. No creais que pienso penetrar hasta París á mano armada, no; pero esta guerra podrá traer una paz.... esta paz necesitará un negociador.... este negociador será yo, vendré á París, y os veré.

ANA. Pensais, milord, que todas esas pruebas de amor que queréis darme, son otros tantos crímenes?

BUCKINGHAM. ¡Ah! lo decís porque no me amais.... Madame de Chevreuse, de quien estais hablando siempre, ha sido menos cruel que vos, Holland la amaba y ella ha contestado á su amor.

ANA. ¡Ah! madame de Chevreuse no era reina.

BUCKINGHAM. ¡Me amabais si no lo fuésteis! ¡Oh! gracias por esas dulces palabras, señora, mil veces gracias.

ANA. Habeis comprendido mal, milord.

BUCKINGHAM. ¡Oh! dejadme en ese error.... no tengais la crueldad de despertarme.... Hace algun tiempo que tengo el presentimiento de que voy á morir, y....

ANA. ¡Dios mío!

BUCKINGHAM. No os lo digo por asustaros, señora; creedme, yo me preocupo con semejantes sueños.... y esa palabra que acabais de pronunciar, esa esperanza que casi me habeis dado, llenará de ilusión lo que me resta de vida.

ANA. Yo tambien, duque, yo tambien tengo presentimientos.... yo tambien he soñado una vez.... y en mi sueño os veía todo cubierto de sangre.... herido.... (Se levanta.)

BUCKINGHAM. ¿En el costado izquierdo, no es verdad? ¡con un puñal!

ANA. ¡Si, milord, pero Dios mío! ¿quién ha podido deciroslo? yo no he hablado de esto sino á Dios en mis plegarias....

BUCKINGHAM. ¡Oh! señora (De rodillas.) ¡Vos me amais!....

ANA. ¿Que os amo?

BUCKINGHAM. Si, Dios os envia los mismos sueños que á mí, porque me amais.... ¿Tendríamos los mismos presentimientos, si nuestras dos existencias no se tocaban en un punto en el corazón? vos me amais, reina, por que me llorais....

ANA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ya veis que esto es mas de lo que yo puedo soportar.... Partid, duque.... retiraos.... Yo no sé deciros si os amo; pero sé que si fuésteis herido en Francia, que si pudiese suponer que vuestro amor hacia mí, habia causado vuestra muerte.... sé que no me consolaria nunca.... sé que me volveria loca.... Partid, partid.... yo os lo suplico....

BUCKINGHAM. ¡Oh! qué hermosa estais así; ¡y cuanto os amo!

ANA. Partid.... y volved mas tarde.... volved de embajador.... volved como ministro rodeado de guardias que os defiendan.... entonces no temeré por vos.... y seré dichosa.... en veros....

BUCKINGHAM. Bien: dadme una prenda de vuestra indulgencia, un objeto que venga de vos, que me recuerde que esto no ha sido un sueño.... Alguna cosa que vos hayais llevado y pueda yo llevar tambien.... un anillo.... un collar.... una cadena....

ANA. ¿Y partireis si os doy lo que pedis?

BUCKINGHAM. Si.

ANA. ¿Al instante?

BUCKINGHAM. Si.

ANA. ¿Dejareis la Francia y volvereis á Inglaterra?

BUCKINGHAM. Si, os lo juro.

ANA. ¡Esperad, milord, esperad! (Se lanza fuera de la cámara, Buckingham permanece inmóvil con los brazos estendidos. Ana vuelve á aparecer trayendo en la mano un cofrecito de palo de rosa.) Tomad, milord, tomad; guardad esto en memoria mia: son los herretes de diamantes que llevaba el día en que me visteis por primera vez.

BUCKINGHAM. ¿Es sueño, ó realidad (de rodillas) señora?

ANA. Me habeis prometido partir.

BUCKINGHAM. Voy á cumplir mi palabra.... vuestra mano, señora.... vuestra mano y me alejo....

(Ana le tiende la mano, que él besa con transportes.)

MAD. BONACEUX. ¡Señora! ¡señora! (entrando.)

ANA. ¿Qué ocurre?

MAD. BONACEUX. El duque ha sido espiado... conocen su traje y han cambiado la contraseña.

ANA. ¿Oís, duque? (con angustia.)

BUCKINGHAM. ¡Dios mío! ¿qué hacer?

ARTAGNAN. Ponerse esta capa (entrando vivamente) y este sombrero, y dejar á un lado los vuestros.

BUCKINGHAM. ¿Pero y la nueva contraseña?

ARTAGNAN. Rochefort y La Rochela. Ahora no olvidéis que sois de la compañía de Treville.

BUCKINGHAM. ¡Señora! (con muestras de desesperación.)

ANA. Partid, duque.... ¡en nombre del cielo, partid!

MAD. BONACEUX. ¡Dios os proteja, milord!

ANA. ¡Silencio! (escuchando.)

UNA VOZ. ¡Quién vive! (dentro.)

BUCKINGHAM. Mosquetero de Treville.... Rochefort y La Rochela (dentro.)

VOZ. Pasad.

ANA. ¡Se ha salvado! (cayendo en un sillón.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

LANCES Y PERANCES DE UN VIAGE A TOLEDO.

Count o'er the joys thine hours have seen,
Count o'er thy days from anguish free,
And know, whatever thou hast been,
'Tis something better not to be.
(Byron.)

I.—CHARADA-INVOCACION.

¡Genio de las contrariedades, de la ignorancia, del puff, del error y la estupidez, espíritu maléfico que presides á esos días nefandos en que tropezamos con un obstáculo do quier que dirigimos nuestros pasos; huye, y por piedad no te escondas en el cañon de mi mal tajada peñola! Déjame ahora que vierta á Rios la hiel que has aglomerado en mi corazón.... ¿Qué! ¿no te vas?... ¿Todavía me persigues? ¿Todavía permaneces inmóvil parado enfrente de mí, contemplándome con satánica ironía?... ¡Pues bien, combatiremos cuerpo á cuerpo! yo sé que luchando contigo el ánimo se engrandece, cobra nuevo aliento y á veces triunfa de tu tenacidad. Así Castro, el joven historiador gaditano, enriqueció el vergel de nuestra literatura con una flor ya perdida y tan rara como preciosa, cualquiera que sea su origen y procedencia.—Así el divino cincel de Canova, á fuerza de laboriosidad y constancia animó el mármol y legó á la posteridad sus admirables creaciones: Quevedo (don Francisco) nos reveló el poder de su fecunda imaginación, al través de los retruécanos, rimas forzadas y otros juegos de ingenio tan difíciles como triviales, verdadero *delirium* de su época. Así un Bravo morito, abriendo tamaño boca (para defenderse y no para tragar) la emprende hoy con el arreglo ó desarreglo de lo que el lector sabe, y que no me atrevo á nombrar, porque, según opina el maestro Barbieri, célebre profesor de violín (y no violon como pretenden algunos) y el insigne Abate Rascarrabias, el czar Moscovita no trata á sus súbditos con tanto rigor como la autoridad competente á los periódicos literarios desde que se aventuran á cazar en vedado, ó lo que es lo mismo, á meterse en camisa de once varas. No hay nada que resista á una voluntad enérgica y decidida. Me he propuesto escribir unas impresiones de viaje á lo Dumas, y salga pez ó salga rana, ¡allá va eso!

II.—UNA PILDORA.

Por ignorante y poco esperto que sea el lector, sin duda habrá sabido descifrar, si no toda, al menos una parte de la anterior charada-invocación.

En el título que encabezaba este artículo, habrá encontrado el objeto de nuestra peregrinación; ir á To-

ledo á ver la Semana Santa; y en los nombres de jóvenes escritores que hemos ido apuntando, los viduos que componían la caravana.

Conocidos estos por sus producciones literarias unido á ellos por los vínculos de la amistad, mas á nos franca y cordial, que se profesan los literatos de Madrid, nadie extrañará que declare á cada uno del concepto en que el público y sus amigos le tienen. Mucho sentiré que la excesiva modestia de alguno de los interesados se resienta por este elogio, quizá demasiado benévolo ó demasiado injusto, y lo tome á la ligera; lo cual sería una injusticia atroz, porque ellos conocen á fondo, y saben que á pesar de todo, los que, aunque algo propensos á reírse de las flaquezas y necesidades del prójimo. Son unos excelentes chicos que gastan siempre muy buen humor, circunstancia que aquí para *inter nos*, no deja de ser una cualidad muy recomendable, si se atiende á que vivimos en un tiempo tan nefando, que es preciso reírse de los demás para que no se rian de uno. Nadie ignora que el que *va primero, da dos veces, y el que sigue va detrás*, como observa muy oportunamente cierto biógrafo, y que *«siempre del que se atreve mas el triunfo ha sido»*.

El punto de reunión era una casa de la calle de la cometeza, foco de ilustraciones de todo precio y tamaño, desde el enorme *in folio* hasta el humilde *de desde la nada hasta el ochavo*, y desde el ochavo hasta el millar....

Escribiendo para LA SEMANA, que ademas de este tambien del mismo pie, un doble sentimiento de delicadeza, me impide explicar detenidamente esta metáfora, que si participa de la naturaleza del logogrifo, no por eso es menos exacta. Me contentaré, pues, con repetir lo que decía Montemayor en la esposición que dirigí á S. M.: *Qui potest capere, capiat*.

La hora convenida eran las siete en punto de la mañana; pero dieron las siete y cuarto, las siete y media, las ocho, las ocho y media, y dos de los acólitos no parecían.

La impaciencia de los demás fué creciendo á medida que se aproximaba la hora: á las nueve partía el convoy y era preciso estar en la estación media hora antes. No faltó quien propusiera darles un manto con honores de paliza, apenas llegásemos á Aranjuez. Toledo: determinación que no se llevó á cabo por razones de economía política, que no es del caso especificar aquí.

Al fin los dos cofrades condenados ya al ostracismo se presentaron uno en pos de otro con breves minutos de diferencia; pero el último fué el abate Rascarrabias, que fiel á su nombre y á sus hábitos de farmacéutico intelectual, nos endosó esta pildora anti-flogística por vía de precaución, y para que fuésemos haciendo acopio de paciencia antes de alejarnos de Madrid.

III.—LOS HOTENTOTES.

No habia tiempo que perder, los momentos eran preciosos, y nos apresuramos á llegar cuanto antes al camino de hierro. Tanto apretamos el paso, que á las cuatro de hora despues, nos encontráramos en la ventanilla del despacho pidiendo billetes para el primer convoy.

¡Vana ilusión!.... El ciudadano hotentote encargado de su venta nos contestó, en cafe, que se habia pasado la hora y que no podia darnoslos.

—¡Son las nueve menos cuarto! gritamos en coro acompañados de otros muchos viajeros, víctimas como nosotros de los repetidos *puffs* con que la empresa del ferro-carril, se ha propuesto obsequiar diariamente á sus necios favorecedores.

—Ha pasado la hora, señores, volvió á aullar el hotentote núm. 1, y corren vds. el riesgo de perder el valor de los billetes, si se los entregó.

Todos los viajeros, incluso nosotros, acudimos á nuestros relojes, y con ellos en la mano, le demostramos que no habia tales carneros, que el reloj de la empresa adelantaba veinte minutos, y que hacia bien en mandarlo á la esposición de Londres como modelo de exactitud.

El hombre, miento, el irracional, se empeñó en probarnos lo contrario, y en dimes y diretes se pasó la hora y partió el tren.

Entonces nos cruzamos de brazos, y el desaliñado empezó á cundir en nuestras filaz. El día estaba fatigado, soplaban un cefirillo nada lisonjero, llovía á intervalos y faltaban dos horas mortales para la partida del segundo tren.

—¿Qué hacemos entretanto? nos preguntamos casi á un tiempo.

—Dar por realizado el viaje y volvernos á Madrid, dijo uno.

—A Madrid, repitió otro.

—Es lo mas acertado, añadió un tercero.

Por fortuna (ó desgracia) la mayoría opinó de distinto modo, y determinamos ir á una casa de vacas á tomar leche.

Contra todas las probabilidades, y cuando caía el cielo liquido bastante para trasformar un vaso de leche, no encontramos leche; y solo despues de una hora que probablemente tardaron en prepararla, se apareció un mozito sucio y vergonzante con una jarra, llena de un licor azulado, producto sin duda de algunas gotas de aquel liquido y de varios granos de almidon, desleídos en el humor aqueo que lloraban las nubes, compadecidas acaso de nuestra desgracia presente y futura.

Distraídos con la conversacion llevamos inadvertidamente á los labios aquel menjurge, y así aprendi-

mos por experiencia propia los infinitos partidarios que gana diariamente la homeopatía en todas las clases y condiciones. La doctrina de las dosis infinitesimales tiene un porvenir inmenso cuando hasta los vaqueros la explotan. Puede asegurarse que ha realizado ya una revolución completa en la industria y el comercio.

Volvimos al ferro-carril á las diez y media, y otro incidente mas cómico y original que el primero, vino otra vez á dejarnos absortos, pasmados y boquiabiertos ante la sabiduría salomónica de la empresa ó la pasmosa inteligencia de sus dependientes. No habíamos andado cuatro pasos cuando se nos ocurrió cambiar los billetes que teníamos por otros de mas precio. El hotentote núm. 2, con sobrada acritud y altanería, se negó á complacernos so pretexto de que se le había prohibido terminantemente, y despues de un acalorado debate que tuvimos que cortar por no romperle la crisma, nos encaminamos al andén.

El hotentote núm. 3 que guardaba la entrada, y á quien al pasar habíamos enseñado los billetes que él no vió, engolfado en amorosa plática con una callandria republicana, nos llamó con gritos desaforados pidiéndonos los billetes. Le enviamos á freir espárragos y proseguimos impertérritos nuestra marcha.

Otro hotentote, núm. 4, mas brusco é incivilizado si cabe que los anteriores, nos mandó entrar á toda prisa en una especie de zahurda, donde esperamos en pie mas de media hora, porque los pocos asientos que habia, estaban ya ocupados por los que nos habian precedido.

Por último subimos á los carruages abriéndonos paso á fuerza de puños, y sin ningún otro percance que digno de contar sea, llegamos á Aranjuez á la una de la tarde.

La índole de este artículo no me permite entrar en consideraciones de otro género, que por otra parte juzgo inútiles desde que la simple narración de los hechos habla con mas elocuencia que todo lo que pudiera añadir. Si la empresa no trata de regularizar el servicio y de poner coto á semejantes abusos, llegará día en que será preciso ir al ferro-carril armado de un trabuco naranjero, ó de un cañón de á treinta y seis y hacer allí una de *populo barbaro*. Se lo advertimos á vd., señora empresa, para su inteligencia. ¡Lo que acontece cotidianamente en su dichoso camino de hierro, pasa ya de castaño oscuro!

IV.—EN ARANJUEZ.

Nuevos desastres nos esperaban aquí. Habíamos encargado con tres dias de anticipación billetes para la diligencia de Toledo que salía á las dos, y estaban vendidos cuando llegamos. El encargado nos ofreció como un favor especialísimo, dos asientos en la imperial, únicos de que podía disponer.

Esta pesada burla produjo en nosotros un efecto imposible de pintar. Nuestra ira y justa indignación se acrecentaron con el hambre que empezábamos á sentir, y nos sentamos á la mesa con ánimo de deliberar mientras comíamos, ó mejor dicho, mientras devorábamos.

Un mozo etiope nos trajo la lista.

Pedimos tres ó cuatro platos y nos contestó que se habian acabado.

Una enérgica y ruda exclamación que no me es dado transcribir, acompañada de una carcajada homérica, hizo estremecer hasta en sus cimientos el vasto comedor de la fonda de Santa Isabel, de negra memoria, (la fonda *ó botica*, no la santa) donde nos habíamos instalado.

—¡Traiga vd. lo que quiera! dijimos al fámulo entre risueños y furiosos.

—Nunca tal hiciéramos!... Toda la comida, á excepción de la sopa y un principio, sabia á demonios en salmuera y olía á idem: estaba pasada, averiada, *podrida*, en una palabra.

En esto se presentó un *quidam* que tenia un carril de violin y venia á ofrecérselo para nuestro malhadado viage.

—¿Cuánto quiere vd? le preguntamos con el aire regioy el acento imperativo que solemos gastar los que no tenemos un maravedí.

—Ocho duros por barba, nos contestó muy serio.

Todos por un movimiento simultáneo, nos pusimos velozmente en pie, y paseamos en derredor nuestros ojos espavoridos como buscando una tranca para darle una respuesta satisfactoria.

Yo, por mi parte, confieso ingenuamente que al escuchar semejante atrocidad, sentí una revolución súbita en mi interior que me dejó sin aliento para hablar, y fuese efecto de los manjares envenenados, ó del susgo que nos dió aquel caribe, ello es que me sentí luego atacado de una disenteria que no me abandonó hasta el regreso á la corte.

—Gracias, le contestamos despues de una ligera pausa, nuestra dignidad no nos permite ir en carro de violin. Volvió á poco rebajando el precio, pero siempre pidiendo un desatino.

Le enviamos al mismo punto que al hotentote número 3, y sin que se hubiese tomado una resolución definitiva, sali yo de la fonda con el abate, y en mal hora se nos ocurrió ir á dar un paseito por la margen del río, juzgando que todos nuestros esfuerzos serian inútiles y que al fin tendríamos que quedarnos en Aranjuez.

En mal hora, repito, por que mientras nosotros andábamos paseando, nuestros amigos, mas listos y felices, se habian proporcionado por la módica cantidad de diez y ocho duros, una mala berlina en la que á

duras penas, cabian seis personas que no fuesen gordas. Nos estaban aguardando solo para despedirse de nosotros y notificarnos nuestra sentencia. *Velis nolis* el abate y yo nos plegamos al voto de la mayoría, y tuvimos que apechugar con los dos asientos imperiales que habia ella tenido la precaución y la galantería de asegurarnos antes.

El conflicto hubiera sido mayor si uno de nuestros compañeros y el que mas útil podía sernos en Toledo por sus conocimientos especiales, no hubiese resuelto de antemano volverse á Madrid.

Cuando vi partir la berlina me volví á mi compañero de infortunio, y exhalando un profundo suspiro y clavando los ojos en el cielo, le dije:

—Chico, hoy espichamos sin remedio.

El buen abate se alzó de hombros y me preguntó:

—¿Por qué?

—Porque va á caer mas agua que en el diluvio universal.

—¿Y bien?

—Ya lo has oido, están los caminos intransitables.

—¿Y qué?

—La diligencia va atestada de gente hasta el tope: vamos cuatro en la imperial y otros cuatro en la vaca; las mulas están muy fatigadas, porque no han cesado de trabajar en toda la semana; y no mudamos el tiro en ocho leguas mortales que hay desde aquí á Toledo.

—¿Y eso que importa?

—¡Nada, una friolera! ó morimos ahogados por la lluvia, ó reventados por nuestros *ad lateres*, ó vuelca la diligencia y nos aplasta....

—Unos nacen con estrella
y otros nacen estrellados,

me contestó sonriéndose el abate con la misma glacial indiferencia que si tratase de una cosa insignificante.

—Pues señor, paciencia; murmuré yo, obre Dios ó el diablo! Algun grave delito tenemos que purgar, y al fin y al cabo el gusto de ver á Toledo y sus famosos monumentos, bien vale la pena de pasar un mal rato, aunque yo perdonaria el bollo por el coscorron.

—Convenido, replicó el abate, pero ya estamos en el potro....

Decir potro y aparecerse el ciudadano del carro violonista, fué todo uno. Venia á escape en busca nuestra, porque la diligencia iba á partir. No eran mas que las tres y veinte y cinco minutos, y nos habian dicho, y en los billetes constaba, que la marcha seria á las cuatro: de modo que si por una casualidad no nos encuentra el boa de los ocho duros, nos quedamos en Aranjuez á pescar anguilas, ó á papar moscas hasta el otro día. La fortuna se empeñaba en protegernos: todo nos salia á pedir de boca.

V.—CAMINO DE TOLEDO.

Colocado cada uno en su puesto, la diligencia cruzó á galope las calles de Aranjuez y entró en una de las estensas, magníficas alamedas que se pierden de vista á lo largo del camino real.

Aquel arranque impetuoso duró lo que tardamos en alejarnos del pueblo; pronto las bestias minoraron su brio, y marcharon al trote, luego al paso, y últimamente, como *cortes* y educadas en un real sitio pedian permiso á una pata para levantar la otra.

De vez en cuando se avivaban un poco, gracias á los furibundos gritos del mayoral y á los latigazos de los zagales, que las trataban sin misericordia, sin la caridad que todo ser sensible tiene derecho á esperar de *sus semejantes*.—¡No hay peor cuña que la de la misma madera!

La lentitud de nuestra marcha se iba haciendo cada vez mas insoportable. Hasta los elementos se conjuraban contra nosotros. Un aircillo delgado, frio y penetrante con olor de pulmonía y sabor de catarro crónico, que debia soplar del purgatorio, se nos infiltraba por la laringe y la faringe, por los conductos auditivos, por las fosas nasales y por todos los intersticios de la máquina corpórea. La lluvia lenta y menuda al principio, se desató en anchas y copiosas gotas que nos azotaban el rostro con furia inusitada. Una ráfaga de viento me rompió el paraguas, y tuvimos que sufrir inermes los rigores de la tormenta. Luego, como la diligencia marchaba paso á paso, ó al trote cuando mas, y el camino era muy desigual y estaba sembrado de gruesas piedras de trecho en trecho, cada vaiven del carruaje nos hacia ver las estrellas. Nuestro asiento era una simple tabla mas dura que una piedra, y hubo hombre que llegó á Toledo con toda la region occidental desollada.

Para colmo de infortunio, el mayoral, que no debia ser muy experto en el manejo del látigo, cada vez que le enarbolaba por encima de nuestras cabezas, lo enredaba en el brazo de uno, derribaba el sombrero á otro, y hasta le cruzó la cara á un pobre tuerto que estaba á nuestra derecha. Tal vez querria curarle alopáticamente dejándole ciego.

Este último incidente, y un amago del traidor zurriago, que casi simultáneamente me pasó silvando por las narices, me obligaron á cambiar mi asiento mas que de priesa con otro jóven coreógrafo de la vaca, aun á riesgo de caer y desnucarme por el camino, aun á riesgo de embadurnarme con el graso barniz que cubre el cuero de la susodicha. Por un milagro de la Providencia no me caí; pero todos mis cuidados y estrategia no me libraron del segundo peligro. Me puse perdido; capa, pantalones, frac... todo quedó en el estado mas lastimoso y deplorable. Además, no sé como me abrí una ancha grieta en la parte posterior

del segundo, se me descompuso el reloj, y perdí dos llavecitas que llevaba en el bolsillo; lo cual unido al naufragio del sombrero y al destrozo de un par de botas flamantes en las calles *sarracenas* de Toledo, me hizo meditar muy seriamente al llegar á Madrid, sobre la profunda verdad de aquel axioma vulgar: *al perro flaco.....*

Cerró la noche, lóbrega, fria y tormentosa, anunciando una catástrofe, y yo, que á fuer de filósofo, sé los inconvenientes de ocupar posiciones elevadas, sobre todo en épocas de revolución (atmosférica), encomendé mi alma á Dios, y acepté de antemano el martirio, con la resignación del reo á quien llevan al banquillo maniatado. Me imaginé que me encontraba en Cataluña, y que habiendo caído en manos de los matines, estos se disponían á refrendarme el pasaporte para el otro mundo.

VI.—ENTRADA TRIUNFAL.

Dios aprieta pero no ahoga.... Permanecía yo en un extremo de la vaca, envuelto en mi capa, y engolfado en mil tristes cavilaciones, cuando los gritos de los zagales, las imprecaciones del mayoral, la oscilación del carruaje, y el precipitado arranque y retroceso de las mulas, al revolverse en varias direcciones sin adelantar una linea, me obligaron á incorporarme trémulo y azorado,

Destilando por los ojos

El miedo del corazón (1).

Pero reponiéndome en seguida de aquel susto involuntario, llegó el momento crítico, me dije:

Ea, corazón, valor!

Solo se muere una vez!

Paseé en torno mi anhelosa mirada, y noté á cuatro pasos una estrecha puerta que era la de Alcántara, según me dijeron luego; en frente de nosotros habia una pared de una vara de altura, y por debajo corria profundo y caudaloso

El rico en héroes fecundante Tajo (2).

No era muy difícil que nos descolgásemos por allí, si las mulas, gracias á la destreza de sus parientes, se empeñaban en no pasar por la primera puerta del puente; y aunque al zambullirnos en el Tajo nos convirtiésemos en héroes, ¡baldón y oprobio! ninguno se sintió llamado por ese camino. Unos con el pretexto de que el ganado podia desbocarse, y otros por el temor de que estrellase la diligencia en uno de los ángulos de la puerta, todos ¡cobardes!.... nos apeamos.... y no hubo nada.

Lo mas original era que el mayoral, como hombre entendido, nos gritaba que no habia ningún peligro, y nos exhortaba para que permaneciésemos quietos en nuestros respectivos asientos. Consejo que nadie tuvo por conveniente seguir.

Despues de media hora, en que él y su gente nos dieron pruebas inequívocas de su habilidad, logró entrar la diligencia, y cuando hubo pasado el puente y la segunda puerta, temiendo algun nuevo fracaso, preguntamos si quedaba muy lejos la fonda ó posada, y nos contestaron que *al revolver*. En consecuencia resolvimos irnos á pie.

Pero ¡ay! el revolver de aquel tio, era lo mismo que el *aquí cerquita* de los *gauchos* de mi tierra, que, para llegar á él hay que galopar cinco ó seis leguas nada mas.

Ya he dicho que el empedrado de Toledo (donde le hay) es *sarraceno pur sang*. *Pedibus* andando, con el barro hasta las rodillas, echando cada taco mas largo que el cañón de una escopeta, cayéndonos, no sé si de sueño, de hambre, de cansancio ó de coraje, y calados de agua hasta los huesos, llegamos á la fonda á las diez de la noche. Tal fué nuestra entrada triunfal en Toledo.

Para fin de fiesta, y como *plus* de la jornada, no encontramos camas en la fonda; todo estaba ocupado. A las doce nos trajeron colchones; pero no catres suficientes, y algunos de nosotros tuvieron que dormir en el santo suelo. La literatura se vió tratada en Toledo como en Madrid, es decir, por los suelos. Siempre ha sido contagioso el mal ejemplo, y como canta el abad responde el sacristán.

Por no abusar mas de tu paciencia ¡oh asendereado lector! pasaré por alto otros muchos lances y percances que nos sucedieron antes del viage, en el viage y despues del viage. No intento vengarme contigo ni atosigarte por razon de daños y perjuicios con la relacion circunstanciada de todos ellos. Otro día te contaré, sin mas pretension que la de distraerte un rato, algunas de mis fugitivas impresiones al contemplar las ruinas y monumentos de la ciudad imperial. Lo que te ofrezco, por via de compensacion, no será un artículo histórico, arqueológico ni erudito: será la página de un viajero que apunta en su libro de memorias las ideas buenas ó malas que se le ocurren, al pasar por una ciudad, por un pueblo, por un sitio que le han preocupado y le preocupan fuertemente el ánimo: será una rápida y melancólica ojeada sobre aquello que mas ha herido su imaginación, conmovido su alma y hecho vibrar alguna cuerda escondida de su pecho.—Entretanto te ruego á tí, á los hierofantes literarios (y á mis compañeros de viage) que no lo critiquen antes de leerlo y quizá antes que lo escriba. El sexto y el octavo prohiben, etc.

Madrid 26 de abril de 1851.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(1) Zorrilla. *Los dos verdyes*.

(2) Quintana. *Oda á Padilla*.

BIBLIOTECA

POPULAR.



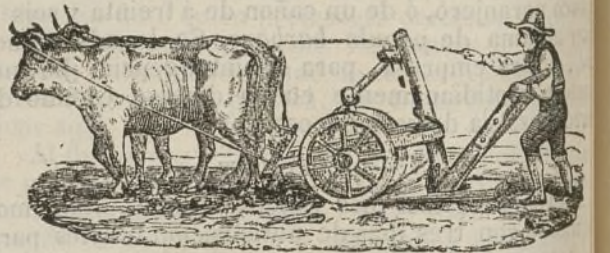
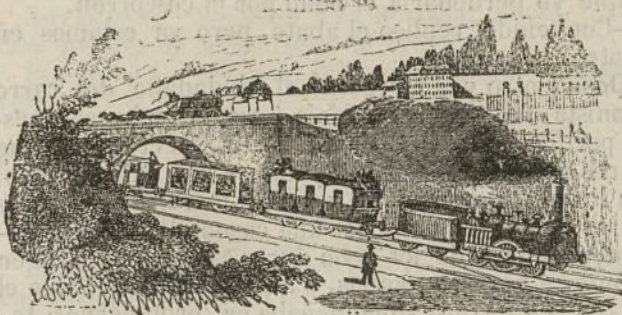
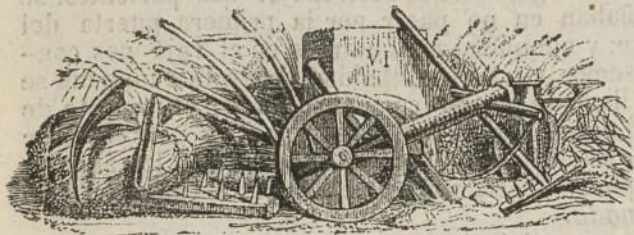
ENCICLOPEDIA

MODERNA:

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

SE HA REPARTIDO EL TOMO SEGUNDO.



COLABORADORES

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Ventura de la Vega.
D. Tomas Rodriguez Rubi
D. Jorge Lasso de la Vega.
D. Ramon Mesonero Romanos.
D. Pedro Madrazo.
D. José Maria Antequera.
D. Francisco Pareja de Alarcon.
El Conde de Fabraquer.
D. Basilio Sebastian Castellanos.
D. Alfredo Adolfo Camus.
D. Francisco Fernandez Villabrilie.



LAMINAS.

El Atlas de esta obra consta de 360 láminas grabadas en acero y divididas en 23 entregas á 6 reales cada entrega, lo mismo en Madrid que en provincia.

Se ha repartido la entrega segunda.

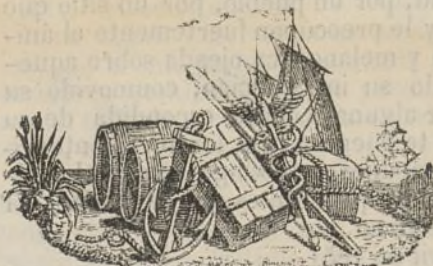


COLABORADORES.

D. M. Lafuente (Fr. Gerundio).
D. Pedro Felipe Monlau.
D. Augusto de Burgos.
D. Joaquin Perez Comoto.
D. Ubaldo Pasaron y Lastra.
D. Robustiano Perez de Santiago.
D. Rafael Maria Baralt.
D. Facundo Goñy.
D. Alejandro Magariños Cervantes.
D. Antonio Flores.
D. Antonio Ferrer del Rio.
D. Antonio Pirala.
D. Emilio Bravo.
D. Joaquin Espin y Guillen.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

LA ENCICLOPEDIA, constará de 23 tomos en cuarto mayor, de mil cien columnas cada uno, edicion esmerada en buen papel y caracteres nuevos. El precio de suscripcion es, á dos cuartos pliego, como obra perteneciente á la Biblioteca Popular, 46 reales tomo en Madrid y 20 en provincia. Se reparte un tomo cada mes. Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Principe, núm. 25, y en provincia, ultramar y el extranjero, en casa de los corresponsales de Mellado. En los mismos puntos, se dan gratis los prospectos.



Ayuntamiento de Madrid